

Coge la escoba por el palo, esgrime la cabezota de paja torcida y le arrea con toda su alma. Sale volando silencioso casi sin molestarse en que lo vean, de la oscuridad húmeda hacia otro rincón más oscuro, donde tiembla como un brillo de agua antes de volver a acomodarse en la viga.

A la puña, ¡qué inutilidad! ¿Cómo inutilidad? ¿No ve que no le pude dar? Es que tiene que darle antes de que vuelen. Pero es que se mueven muy rápido, seguro que ven venir la escoba. ¿Yay, pero no son ciegos? No, ¿sí? Sí, son ciegos. Bueno, no importa, vamos a ver si cogemos éste, es el último. Bueno, y si nos fuéramos donde tía Elsa, que allá hay muchos. Vaya a ver. No tengo que ir a ver si ya sé. Vaya a ver y me dice.

Va, se asoma un segundo en el calor sofocante y ve suspendidas del techo las sombras más oscuras, en la oscuridad húmeda, inmóviles. Este es el último, sólo queda éste, y después la mamá con el chiquito. ¿Y hay muchos? Sí, hay muchos, como tres. Bueno, démole a éste, a la mamá no porque no. Bueno, déle. Vuelve a esgrimir la escoba que corta el aire sofocante de un solo golpe y cae la sombra silenciosa encima de un camón. ¿Adónde? Ahí, en ése, y al subir por las pesadas escaleras de madera pintadas de ocre, encima de las cobijas rosadas y azules tan calientes, encima, sin moverse y con un brillo en dos ojos diminutos, está inmóvil, una sombra negra y espesa como recogida en sí misma, con una cáscara café encima. Se mueve ahora muy lentamente, torpe, como desenrollándose a sí mismo, con una mueca feroz que deja ver los dienteillos blancos. Se mueve despacio como si estuviera desenrollándose, como si se estuviera defendiendo con el diminuto hocico y con el brillo sin mitigar de los ojos que casi no se le ven, metidos en el pelo y en el pellejo café arrugado que tiene.

Agarrémolo. Ay, no, qué miedo. ¿Y si es un vampiro? Ay, no, porque muerde, mire como está haciendo los dienteillos. Qué maricon, le tiene miedo. No, no le tengo miedo. Entonces agárrelo. Y con la mano toma el pequeño y feroz hocico, el brillo de los ojos en el rayo de sol inclinado que entra por la ventana. Es suavcito, sí, y tan caliente, tiene unos pelos suaves como terciopelo. Abre siempre el hocico en un diminuto mordisco como si se defendiera, pero se queda quieto, no se mueve. Las alas son calientes también, y suaves, y al abrirlas se ven unas patas como de hueso y transparentes en el ala café. Al abrirlo es como una idea de lo que es, o una caricatura, pero se retuerce y abre otra vez el hocico en un diminuto mordisco, se ven los dienteillos blancos, los ojos chiquitos y brillantes, y se vuelve a cerrar. Qué orejotas tiene. Seguro es para oír.

¿Qué tienen ahí? Un murciélago. Mirá, qué bonito es. ¿No muerde? No, no muerde. Déjeme tocarlo. Bueno. Ahí encima de la cabeza tiene un pelito como terciopelo, y el diminuto y feroz mordisco se mitiga en la claridad de la luz que le da de frente. Mire, mire lo que agarramos. ¡Ay llévenselo! Pero si no hace nada. ¿No es un vampiro? Nombre, si estos son frugívoros. ¿Qué es frugívoro? Que come fruta. Démole papaya. Le meten un pedazo de papaya en la boca. Yay, no se la come la papaya. Espérese que sea de noche. Se queda ahí, silencioso e inmóvil con un pedazo de papaya enfrente; al abrir la cajita de cartón se ve la sombra oscura frente al pedazo de papaya anaranjada, toda la tarde así.

Y a las seis en punto comienza como loco a golpear la tapa de la caja de cartón de pilas Eveready, como loco se mueve y golpea la tapa de la cajita, hasta que alguien llega, asustado, con una mano pequeña abre la caja y la sombra sale, silenciosa, a las seis de la tarde en punto, sale en la penumbra húmeda a través de la puerta a la terraza, una sombra rápida y pequeña que desaparece en la noche, en esa medialuz oscura que hay cuando se pone el sol pero en la que todavía se puede ver, entre los zumbidos de los insectos y el crepitar de las hojas de los almendros, una sombra rápida y pequeña, ahí va, ¿dónde? Ahí, ahí, siga el dedo; pero son muchas las sombras rápidas y silenciosas que giran alrededor del palo de nance, alrededor del palo de mango, y la oscuridad que cae rápidamente borra las huellas de las elipsis de esos vuelos silenciosos, hasta que no se ven más las sombras que están volando ahí, que están ahí pero que no se ven, que giran alrededor de los palos de nance y de mango mientras se oye el crepitar de las hojas de los almendros.